

Carlos Meijide

Son tantas las situaciones que compartimos que, cuando he de extraer alguna, sale hilvanada con otras que se empeñan en volver a dibujar la humanidad de un personaje siempre comprensivo y buen amigo. Casi todas son vivencias gratas que normalmente, puntean la imagen de un actuar y de un gesto que deriva de la agudeza y de un fino sentido del humor jamás agresivo. Con humor podían mantenerse con él las conversaciones más serias. Mal, muy mal recuerdo sólo queda, aunque dramáticamente definitivo, el que un día, todavía muy próximo, lo inscribió en la más triste de las estadísticas de la carretera.

Mi amistad con Carlos Meijide se inició hace ya casi medio siglo; quedan estampas que tienen como fondo la vida estudiantil de una fase madrileña, por cierto muy activa e inquieta; también de una vida profesional, de viajes coincidentes y de una marcha docente de colaboración en sus inicios y, más tarde, en paralelo.

Después de haber emprendido con otros compañeros, cercanos por muchos motivos, la tarea de fundar un colegio profesional —amistosamente segregado del que nos unía con León y Asturias— coincidimos también en otra decisión: la de incorporarnos a la docencia en la naciente Escuela de Arquitectura Superior de Galicia, creada hace más de veinticinco años en La Coruña. En esa Escuela comenzamos a impartir, creo recordar que a la vez, la misma asignatura: Proyectos I; se trataba de una asignatura del tercer curso de un plan de estudios que ya pasó al cajón de los planes viejos. Aquella circunstancia docente nos llevó, a él y a mí, a ser pioneros, como profesores de Proyectos, de una Escuela en cuyo arranque, sin embargo, no habíamos en modo alguno participado.

Por estas y por tantas actividades compartidas —profesionales, colegiales, docentes y otras que nada tenían que ver con ellas— nuestra relación fue muy próxima e intensa; resulta entonces difícil, cuando el trato es continuo y cercano, separar y enjuiciar la actividad de los próximos sin cocinar un producto en el que se va mezclando lo que se percibe y lo que se supone. Se trata de ideas en las que cada quien puede participar y apreciarlas como conceptos y ante las que se diluyen o se confunden las propias.

Carlos Meijide, hombre muy práctico en su razonar, entendió la realidad, en su mundo profesional, desde el posibilismo de una situación además periférica —en el mejor sentido— como alguien apuntó. Sus conocimientos y su mente viva le hubiesen permitido, también en arquitectura, la opción de brillos y velos vistosos; pero un pragmatismo, su cultura y su sensibilidad lo aproximaron a realidades que precisaban de otra atención, aplicando su conocida habilidad que transformaba las dificultades en tareas aparentemente sencillas.

En la expresión de su obra la coherencia siempre aglutinó el complejo proceso de materializar las ideas: comprometido por formación con muchos de los principios del movimiento moderno, aunque sin ataduras fanáticas, consiguió la deseada introducción de su tarea en un marco que limitan condicionantes de un característico contexto cultural, social y económico. Y esta incorporación la fue consiguiendo como respuesta al reto de un medio que aportaba muchas escaseces técnicas y económicas y presionaba, además, con deformaciones especulativas.

Supo incorporar, con sutileza, soluciones ejemplares que, tal vez subyacentes en la racionalidad de una cultura por él bien conocida, le llevaron a adquirir la experiencia necesaria para engarzar, con el mejor arte, el binomio de lo local y lo universal, tal como también se entendió por otros, de su generación, que hoy son —o que somos, podría decir con inmodestia— los primeros en lamentar su pérdida por ser también los primeros en reconocer y compartir su esfuerzo, su obra y su valía. Por todo ello, bien lo estamos percibiendo, Carlos Meijide ha dejado un gran vacío.

Rafael Baltar Tojo

## *Carlos Meijide: un amigo*

Alguien dijo alguna vez que las palabras se inventaron para ocultar los sentimientos. Yo no creo eso, pero de lo que sí estoy seguro es de que las palabras a veces no alcanzan para expresar los sentimientos cuando son tan profundos como son los míos, con respecto a Carlos Meijide.

Carlos era mi amigo. Hoy en día el significado de la palabra amistad se ha ido diluyendo, descafeinando, hasta el punto de que cualquiera dice me he echado un amigo, cuando se trata de un simple conocido, que le cayó bien en un momento determinado. Yo soy de los que piensan que la amistad es una categoría superior, quizás la más elevada, de entre las que se refieren a la relación entre personas. Quizás también la más duradera, la más satisfactoria, la más necesaria.

Carlos y yo éramos amigos a pesar de ser muy diferentes o, quizás, precisamente por eso. Carlos era un hombre complejo, como lo es el barroco en arte, lleno de matices. Todo lo contrario de un tipo simple. Inteligente, reflexivo, capaz de ser al tiempo un "dandy" y un "bon vivant", amante del bien vestir y del buen comer, además de un gran arquitecto, sin duda uno de los mejores arquitectos gallegos de los últimos tiempos. No conozco una obra de Carlos, y creo que las conozco casi todas, que no tenga una calidad excepcional. Y ello, a pesar de haber realizado la mayor parte de sus obras para promotores privados, con la dificultad que esto conlleva al tener que hacer el milagro de compatibilizar los intereses económicos y los gustos de promotores privados diversos con el buen hacer arquitectónico.

Pero no es mi intención referirme aquí a la arquitectura de Carlos Meijide, otros lo harán con tanto conocimiento y, sobre todo, con más distanciamiento, con más rigor, con mejor criterio.

Yo quería hablar de Carlos en clave más personal, y para ello, me voy a referir a dos ocasiones, de entre las muchas en que coincidimos los dos, y que me vinieron estos días a la memoria: una fue en su Monforte natal y la otra en Venezuela. La primera, hace ya la friolera de cuarenta años, y sirvió para cimentar nuestra amistad, la otra más reciente, hace cuatro años, que la selló para siempre aunque, en realidad, ya lo estaba desde hacía muchos años.

Yo conocía a Carlos de los tiempos de las academias de Dibujo en Madrid, cuando preparábamos el ingreso en la Carrera. Alguien nos había presentado diciendo: aquí te presento a otro gallego. ¿De dónde eres?, de Pontevedra; ¿y tú?, de Monforte. En aquel entonces cada uno tenía sus compañeros y, después de los saludos de rigor, nos fuimos cada uno por nuestro lado. Y no volvimos a vernos hasta un verano, creo que fue el del 60, en que yo me dirigía a Escairón a ver una chavala que había conocido en Pontevedra. Fue al bajar en Monforte del autobús, para hacer el transbordo, cuando me lo encontré. Nos saludamos, le conté mis planes, y, como tenía un par de horas para coger el autobús que debía llevarme a mi destino, me fui con él al río Cabe. Estuvimos paseando por él en una barca de remos, hablamos de arquitectura, de nosotros. Cuando nos dimos cuenta, ya se había pasado la hora del autobús, y no tenía otro hasta la mañana siguiente. Me alojó en su casa, me presentó a sus padres, a su hermano, nos fuimos a visitar el Castillo, después a la verbena, y no paramos de hablar, de contarnos cosas, hasta la madrugada.

Al día siguiente me acompañó al autobús de Escairón y al despedirme, con esa su sorna tan característica, me dijo "yo creo que ayer perdiste una novia, pero saliste ganando un amigo". Tenía razón, en aquella ocasión perdí una posible novia, pero gané un amigo. Y así fue como comenzó una larga, profunda y fantástica amistad.

La otra ocasión fue en Venezuela, coincidiendo con un ciclo de conferencias en la Escuela de Arquitectura de la Universidad Central de Caracas al que nos habían invitado Oscar Tenreiro y Farruco Sesto y en las que también participó Jorge, su hijo. Este evento tenía una segunda vuelta en Ciudad Bolívar, con ocasión de la Exposición del Plan Especial de su Centro Histórico. Previamente nos habíamos confabulado con los organizadores para disponer de unos días a mayores, que nos iban a permitir hacer un viaje por la gran sabana venezolana y llegar hasta Brasil, en compañía de Elena Gil, una famosa cantante venezolana, su hija recién nacida y su mamá que era una india pemona que conocía y se movía por la sabana, de poblado en poblado, como Pedro por su casa.

Fue un viaje inolvidable tanto por el territorio que atravesábamos, como por los acompañantes. La sabana venezolana es un territorio único por su configuración geológica, su orografía, su flora, su fauna, su color, ... Salimos de Ciudad Bolívar en dos jeeps y fuimos recorriendo unos pueblos mineros y unos poblados indios maravillosos, como de otro mundo, perdidos por la sabana. En uno de ellos, El Callao, recuerdo que irrumpimos en plenos carnavales, al ritmo de calipsos y merengues y nos sumamos a una fiesta-baile, en la que participaban, desde niños a viejos, todo el pueblo. Y Carlos no se lo pensó, nada más bajar del coche y, a pesar de su ropa de Loewe, se puso a bailar, y acabó convirtiéndose en una atracción más de la fiesta.

El paisaje que íbamos recorriendo, todo el Estado de Bolívar en dirección al Sur, fue poco a poco transformándose hasta desembocar en la gran sabana: kilómetros y kilómetros de llanura, de tierra color violeta, que de cuando en cuando se plegaba, ascendía, y se transformaba en formaciones montañosas gigantes: los Tepuy, que parecían observarnos y jalonaban, cual balizas naturales, nuestro recorrido.

Yo era la primera vez que viajaba por la gran sabana, pero de alguna forma conocía el ambiente, porque era el séptimo viaje que hacía a Venezuela y el quinto a Ciudad Bolívar, y también conocía de otras ocasiones anteriores a los acompañantes. En cambio Carlos era la primera vez que viajaba a Latinoamérica, y me asombró su capacidad de adaptación al medio, su capacidad de relación con las gentes del lugar, la facilidad y la velocidad con que se abría su cabeza y su corazón, para comprender y para querer a seres nuevos diferentes como podían ser los indios pemones que fuimos conociendo a lo largo del recorrido. Todos los que nos acompañaban se sorprendieron por su capacidad de observación, su gran sinceridad, su enorme sabiduría para afrontar situaciones. Y, como no, su peculiar sentido del humor, que no perdió en ningún momento a pesar de presentársenos situaciones difíciles, que en ocasiones amenazaron con llegar a ser dramáticas.

En aquel viaje maravilloso que con frecuencia ambos recordábamos, Carlos, según me confesó en una de esas noches estrelladas que sólo se dan en la sabana, sólo echó en falta una cosa, la presencia de Rosa, su mujer.

En aquel inolvidable viaje Carlos y yo hablamos, discutimos, ... discutimos y muy fuerte como hacen los buenos amigos, sabiendo que por muy alto que sea el nivel de la discusión nunca puede superar el de la amistad, y que además la confrontación, cuando es franca y leal, acrecienta esta relación.

En esta ocasión yo inicié el viaje con un amigo, y regresé con dos: Carlos y Jorge.

Con los amigos, ocurre que lo son para siempre, y, aunque se ausenten, siempre nos acompañará su recuerdo y el calor de su cariño. Yo, con Carlos, sigo y seguiré hablando de por vida, seguiré contándole mis problemas, mis ilusiones, ... También discutiendo, peleándome, ... teniendo muy presentes sus críticas, sus consejos, y también su magisterio. Ayer mismo, volviendo con unos compañeros andaluces desde Finisterre a Santiago, nos detuvimos en Toxosoutos para enseñarles una obra, el Cementerio y la Rectoral, colaboración de Carlos y Jorge Meijide. A todos les encantó, y a mí, además, me dio la clave para resolver unos detalles constructivos que tenía pendientes desde hacía tiempo.

Me gustaría terminar diciendo que, en más de cuarenta años de relación, en los que ocurrieron muchas, muchas cosas, Carlos jamás me falló como amigo, siempre superó con creces las más optimistas expectativas que yo pudiera tener de su persona. Ya me gustaría que él pudiera decir de mí otro tanto.

César Portela  
Pontevedra, Septiembre de 2001

*Carlos Meijide*

No es fácil hacer público un recuerdos de tanto años unido a tantas y diversas circunstancias de la vida. Desde estudiantes en la Escuela de Madrid hasta oposiciones el Ministerio de la Vivienda, nuestra llegada a La Coruña y nuestro primer estudio compartido.

Demasiados entrecruces personales aproximan las personas de tal manera que se pierde capacidad de opinión y seguramente ganas de exteriorizar el dolor del recuerdo.

Carlos Meijide ha estado presente de forma activa y notoria en todos los acontecimientos profesionales de los últimos treinta años. Desde la Delegación del Colegio de La Coruña cuando aún pertenecíamos al Colegio de León, con las actividades culturales. Después en la creación del Colegio de Galicia con intensa actividad y por último en la Escuela de Arquitectura. Su actividad ha sido constante, en todos los acontecimientos su presencia se hacía notar. Resulta imposible recordar todo esto sin su persona.

Carlos Meijide destacaba por su fina inteligencia, su humor y su gran capacidad organizativa. Pero sobre todo imponía su calor humano, su cordialidad y simpatía que le hacían centro de atracción del círculo donde estuviese.

Es justo recordar a los más jóvenes su esfuerzo por la profesión, que lo transforma en pieza muy importante, como ya he dicho, en la vida profesional y de la arquitectura en Galicia de estos últimos treinta años.

La profesión ha perdido un gran profesional. Sus obras, su arquitectura hablan por él. En ellas está presente su gran inteligencia y su gran capacidad.

Para los amigos que lloran su pérdida siempre su nombre se asociará a la persona, inteligente, fina, entrañable y mis recuerdos ahora acompañan al de sus seres queridos, su mujer, Rosa y sus hijos Jorge y Álvaro.

**J. M. Gallego Jorrete**

## *Recordando a Carlos*

Soñé que llegaba a la Escuela y me encontraba a Carlos en su despacho.

—¿Qué haces aquí? Si tú estás muerto, le dije  
y él me contestó:  
—De eso nada.

Una vez despierta me di cuenta que en el sueño aparecía el reconocimiento de un hecho, que me resulta muy difícil de admitir en estado de vigilia, y también mi propio sentimiento de convicción en su capacidad vital de resolver casi cualquier cosa, que me hacía poner en su boca las palabras de negación de su muerte.

Nunca pensé que pudiera ocurrir de una manera tan rápida, tan insospechada, tan sin razón.

Echo de menos su cariño, su buen humor y su actitud comprensiva hacia mis, a veces, intransigencias que él las admitía y reconocía como posturas éticas o creativas.

Nuestras diferencias de visión sobre la arquitectura las planteábamos en clase, delante de los alumnos, como ejercicio didáctico sobre el reconocimiento de la subjetividad y la diferencia factible y necesaria en un trabajo de equipo. Su sentido del juego convertía las discusiones en algo refrescante y divertido.

Su creatividad permitía la expresión de otras creatividades. Y cuando tomábamos posturas divergentes siempre era él el que acababa retomándolas integrándolas en una dinámica de relación y trabajo con habilidad y afecto. Actitud que provocaba resonancias de antigua amistad, de primeros encuentros.

Cuando se ha vivido poco tiempo lo importante en las relaciones es la intensidad de las emociones. Cuando se ha vivido bastante y ya se tiene la experiencia de pérdidas y ausencias, unas veces por desaparición —como ésta— y otras por incomprendimientos o traiciones, el tiempo se convierte en un valor de arraigo.

Una amistad tan larga, desde los 60, es ya hoy casi toda la vida.

Como profesional de la arquitectura tengo que decir que era un buen arquitecto. Su personalidad rica y dialogante se reflejaba en su trabajo. Sus obras son ágiles, bien definidas y bien construidas. Su educación académica en el Movimiento Moderno se trasluce continuamente. La elegancia en la disposición espacial y en el detalle hacen de su trabajo una obra expresiva y trabada.

Siempre que paso por Juan Flórez me sorprende la resolución del Trébol, tan ligero a pesar de su volumen, y tan bien conservado a lo largo del tiempo.

Le echaremos de menos, tanto en el curso académico como en nuestras relaciones personales.

**Pascuala Campos de Michelena**

Se nos ha pedido a una serie de compañeros, una comunicación personal para ayudar a interpretar mejor el contenido reflejado en esta publicación y ofrecer una visión de la persona que está detrás de la obra, desde un punto de vista distinto que no muestra un currículum profesional.

Mi labor como profesor de proyectos comenzó hace diecisiete años al lado de Pascuala y Carlos y durante este tiempo compartimos sin interrupción alguna muchos días de clase. Después de la Escuela íbamos a cenar y era en esas cenas cuando Carlos exponía relajadamente sus puntos de vista.

El hecho de estar a su lado compartiendo esos días, clases, viajes..., supuso un dilatado curso de formación, impartido por uno de los fundadores del área de proyectos de esta Escuela.

Existía entre nosotros la impresión de que en los debates sobre docencia los argumentos de Carlos se imponían. Yo tenía la duda de que en algún caso, además de la razón, en buena parte le ayudaban las dotes de persuasión y la capacidad de reflejos que tenía para la discusión.

Después de los años, aún siendo verdad esto, me he dado cuenta de que en Carlos existía un gran poso de conocimiento y experiencia en la enseñanza de proyectos.

Hablando con antiguos alumnos suyos te transmiten su experiencia y la valoración de la mayor parte de ellos es inequívoca. Hay una primera lectura del proyecto que te enseñan y resulta difícil desprenderte de la apreciación inmediata. El profesor que quiere ser constructivo con la crítica del proyecto tiene que indagar más, buscando una pista de coherencia en el discurso del alumno. Carlos estaba muy capacitado para apreciar aquellos aspectos más positivos y potenciar el seguimiento del trabajo hasta el final independientemente del lenguaje arquitectónico utilizado por parte del alumno.

He conocido a muchos maestros en mi vida de estudiante y arquitecto, pero en el acto de apreciar el trabajo bien intencionado del «otro», he conocido a pocas personas tan tolerantes y generosas como Carlos Meijide.

Buena prueba de ello es la referencia obligada de su Proyecto Docente y de Investigación proponiendo seis opciones deseables que definen sobradamente una actitud en su labor docente.

- La definición de objetivos concretos por parte del profesorado que permitan a los alumnos adquirir las fuentes del conocimiento y profundizar en sus métodos.*
- Conseguir que la evolución de estos conocimientos tengan su base en el trabajo diario y no en procedimientos de control.*
- Fomentar el desarrollo de las aptitudes sociales y personales, ayudando en la creación de una conciencia auto-crítica, para conseguir que el alumno sea responsable en su aprendizaje.*
- Organizar éste de manera que facilite la adquisición de las aptitudes necesarias para proseguirlo y no basándolo en la acumulación de conocimientos inconexos.*
- Permitir que el alumno ejecute y evalúe su propio trabajo sin trabas injustificadas por parte del profesorado.*
- Conseguir una relación profesor-alumno que permita una enseñanza personalizada (fundamental en las clases de proyecto), con horarios flexibles.*

Después de esto, emite un comunicado de autocontrol que refleja una conducta reflexiva y coherente.

Esto requiere que los profesores posean una seria preparación pedagógica y profesional capaz de crear un clima de aprendizaje válido entre sus alumnos y que éstos dispongan de tiempo para reflexionar y asimilar los conocimientos, en vez de saltar de un punto a otro y adquirirlos superficialmente.

Tiempo para recorrer el país, para conocerlo y descubrirlo y para disfrutarlo desde lo alto de una roca.

## *Al otro lado del balcón del mar*

Tenías cuando te conocí la misma edad que tengo yo ahora. Fue en Cudillero, ¿recuerdas? En las Escuelas Selgas, esa fundación indiana asomada al balcón del mar. Del mismo mar donde tú te habías hecho la casa. Eran unas jornadas de arquitectura del norte de España. Las llamaron así quienes las organizaron. Yo hablaba de la modernidad en Asturias. Tú exponías tu obra. Confesabas divertirme al proyectarla y al construirla. Y transmitías una alegría contagiosa al contárnosla. En un momento aburrido, lleno de Rossis y de Grassis, de Siacs y de Tendencias, confesabas tu alegría de hacer arquitectura. Era 1982.

Volvimos a vernos y a tratarnos en la Escuela de Arquitectura. En el curso de cuarto. Y en el fin de carrera. Y luego mucho más cuando las circunstancias y los votos me hicieron director de la Escuela. Con tus consejos prudentes y tus tirones de orejas muchas veces. Con tu apoyo siempre. Era 1989.

Y acometimos el primer proyecto docente común que ha tenido la Escuela. El Plan de Estudios. Un Plan no importado de Madrid o impuesto por el Ministerio, sino hecho por nosotros mismos. Tú como secretario de la comisión del Plan y yo como director de la Escuela. Trabajamos codo con codo. No sólo en redactarlo, sino en hablarlo y debatirlo con todos los compañeros. Con los profesores y con los alumnos. Recuerdo nuestra alegría y como brindamos al ser aprobado sin ningún voto en contra en la Junta de Escuela tras largas horas de debates en que todos, ¿te acuerdas?, participamos activamente. Era 1992.

El largo proceso de homologación me hizo desanimarme más de una vez. No he olvidado cómo ayudabas entonces, con firmeza y optimismo, a seguir adelante. Hasta su homologación por fin. Hasta su implantación. Era 1995.

Al año siguiente, terminados mis dos mandatos, dejé la dirección de la Escuela. Intenté que me sucedieras tú, pero no logré convencerte. Yo me aparté de las juntas, comisiones y tribunales, que tanto me habían ocupado, y me dediqué a viajar y a escribir. Y a dar clase. Nos vimos menos.

Hoy, al volver después de un semestre en la Academia de Roma, tengo la edad que tú tenías cuando nos conocimos en Cudillero, hace ya veinte años. Pero tú ya no estás para recordarlo. Te has asomado al otro lado del balcón del mar...

José Ramón Alonso Pereira

## *Desde el otro lado del Atlántico*

Fue César Portela quien me llevó hasta Carlos Meijide. Había visto una obra de él en fotografías durante una de las charlas de César en Caracas, pero sólo fue en ocasión del Congreso de Arquitectura Institucional de hace unos años, en Santiago, cuando pude conocerlo y recorrer ese mismo edificio, bien cuidado, hecho con ese amor al oficio que seguramente era el origen de su talante jovial y acogedor, guiado por él, una tarde, durante esa visita a la tierra de mis antepasados que dejó en mí huella memorable.

Me cuesta reconocer que ya no está en ese espacio natural y anímico que se me ha hecho entrañable, y hoy considero mío. Porque en el lado luminoso de mi versión de Galicia, Carlos tenía un lugar. Aparte de su modo de profesar la amistad, su don de gentes, su vida familiar que se me antojaba llena de una particular armonía, o su rigor como arquitecto, me parecía raro y bienvenido su deseo de buscar en ese otro que tal vez apenas conocía, a la persona, al posible compañero de ruta, al aliado. Sin importar las distancias. Tal como si supusiera que ese no era su problema, que si de distancias se trataba, que las pusiera el otro.

Cuando he evocado esa cadena de momentos e imágenes que forman mi paisaje gallego, inevitablemente «conectaba» con la grata sorpresa que me produjo el modo como Carlos me interrogaba sobre arquitectura, enseñanza, política y más cosas, durante un almuerzo en grupo de amigos en el Club Náutico de La Coruña en esa primera visita. Escuchaba con atención mi respuesta en medio del bullicio festivo, haciéndome sentir extrañamente considerado, casi que valorado de un modo particular, una sensación que sólo he sentido de modo similar conversando en Amereida, Chile, con otra persona de su misma estirpe: Alberto Cruz, arquitecto esencial. Carlos, o Alberto, me hicieron sentir al conversar, que lo que uno pudiera decir les importaba, que era también cosa suya.

Hay poca gente así en este mundo de los arquitectos, donde la vanidad posee a los más variados temperamentos. Mundo demasiado apegado a las apariencias, separado de la vida pudiera decirse.

A Carlos le debí en gran medida mi estada en La Coruña, en un curso de doctorado en el otoño de 1994, que me permitió conocer a un grupo de buenos y jóvenes arquitectos que aceptaron dialogar con este oriundo de los desacreditados trópicos. Tal vez nunca le agradecí como correspondía.

En realidad, todas estas razones que son razones del bien vivir y del bien hacer, me impiden en cierto modo aceptar su huída, de la cual supe junto al mismo amigo que me llevó hasta él. César discurría en esos días entre nosotros y una tarde recibí la noticia y hube de comunicársela.

No puedo decir demasiado, en detalle, sobre su obra. Creo, sin embargo, creencia que se me ha convertido en convicción, que Carlos Meijide es uno de esos arquitectos que le dan espesor a ese conjunto diverso y rico que hoy llamamos arquitectura española. Sin edificios como los de Carlos Meijide sería mucho más fácil que los vientos de la frivolidad, tan propios del estar al día, terminaran por arropar lo que se construye en España. Son edificios que se muestran como producto de una reflexión densa que es en buena medida intemporal.

A ese hombre, a esa arquitectura sin arrogancia pero dispuesta a enfrentar el tiempo con la mayor nobleza y dignidad (¡qué más quisiera uno para lo que desea construir!), quiero presentar este muy modesto homenaje desde el otro lado del Atlántico.

Oscar Tenreiro  
Caracas, septiembre de 2001

## *Sobre Carlos Meijide*

A medida que la existencia va entretejiendo su caótica urdimbre, hecha de caricias y golpes entrelazados, de claridad y de oscuridades, vamos aprendiendo algunas cosas. Una de ellas, lo suficientemente importante como para intentar convertirla en norma de vida, es la de no callar nunca aquello que entendemos que debe ser dicho. Ni por timidez, ni por prudencia, ni por cobardía, ni mucho menos por guardar la forma. No hay que callar jamás, amigos. El silencio indebido, a la larga se paga. Cuando menos se paga siempre en la conciencia. Pues si uno ha callado más de la cuenta, llevará para siempre en el alma una piedrecita incómoda que no habrá forma de desalojar.

Pero, como digo, eso no lo sabe uno desde el principio, sino que va aprendiéndolo con el tiempo.

De ese modo cargamos ya con nuestras piedrecitas resonando persistentemente en el fondo de nuestro espíritu.

Una de ellas es nueva. Me he dado cuenta en estos días de que la tengo allí instalada, como un pesar que ya no se irá nunca. Tiene que ver con Carlos Meijide y tuve claro conocimiento de ella los días en que me enteré de su muerte.

Es una piedra que me recrimina por no haberle dicho en vida a una persona querida y admirada, lo mucho que la quería y admiraba. Es una piedra que me recuerda que los pequeños (y los grandes) homenajes hay que construirlos cotidianamente, cuando las personas todavía están aquí para compartirlos con nosotros. Lo contrario es un poco injusto. Un poco a contramano. Es, no hay otro remedio ya, una suerte de grito en el vacío.

Yo siento ahora profundamente una gran pena por no haberle expresado a tiempo a Carlos Meijide, cuando él podía oírme, la sensación de bienestar que me produjo haberlo conocido. La felicidad. si así puede decirse. Quiero decir, lo sorprendente que fue para mí, en un mundo marcado por tanta mediocridad, mezquindad y egoísmo, conocer a una persona de tanta calidad humana. A una persona, tan buena persona, tan encantadora en el trato, tan leal con sus amigos, tan solidaria con todos, tan sólida en sus principios y criterios y al mismo tiempo tan capaz para el diálogo, tan humana en el sentido en que uno quisiera que así fuésemos todos. A una persona, además, dispuesta a signarlo todo, como con un sello de fábrica personal; de un extraordinario sentido del humor y una agudeza especial, a través de los cuales dejaba fluir su inteligencia y su sabiduría.

Me hubiera gustado haberle dicho estas cosas a Carlos Meijide. No hablo de su alta calidad como arquitecto. Ella es muy evidente y ha sido reconocida por sus compañeros, por sus alumnos, por la crítica especializada, y por todos aquellos que se han interesado en los valores de la actual arquitectura gallega. Yo me refiero más bien a la calidad de la persona que le daba soporte y consistencia a su actividad de arquitecto. Hablo de la humanidad, o lo que es lo mismo, de la notable mezcla de compromiso, bondad y pensamiento que en él se daban la mano.

Lo dejo aquí por escrito, para amortiguar el rumor de una pequeña piedra que me molesta. Lo hago desde esta Venezuela que él visitó hace algunos años y donde dejó un indeleble recuerdo.

Farruco Sesto  
Caracas, 30 de agosto de 2001

Carlos Meijide formaba parte de nuestro grupo de aficionados a la cocina desde su origen, en que nos reuníamos en el Centro Fonseca bajo la tutela de Totina Guimaraens, que nos ilustraba entonces sobre las delicias del fogón. El ya estaba allí transmitiendo su peculiar entusiasmo que aportaba a todas sus actividades. De la misma época fue su participación en aquel Congreso del Colegio Santa María del Mar en el que todo el colectivo: Jesuitas, Padres, Profesores y Alumnos se volcó en una toma de conciencia necesaria para afrontar los nuevos retos didácticos y educativos y en los que su colaboración fue tan significativa.

El hecho de haberle conocido tomando unas copas con otros matrimonios en una noche de verano con melodías de los 70 me facilita el recuerdo de ese primer encuentro como el de un personaje adelantado, que evolucionaba entre aquella fauna urbana hacia nuevas formas manifestándose tan expresivamente como siempre lo hacía, lo que ya indicaba que le atraía más ser actor y protagonista en la vida, que espectador como ha sido evidente.

En aquellas informales «clases de cocina para hombres» que animaba ya con sus comentarios y en las que la mayoría éramos de esos aficionados de los que decía Picadillo que podíamos hacer de una tortilla algo incomedible, él ya disponía en la cocina de su casa de un juego personal de cuchillos específicos para cada función culinaria, expresión de que esa práctica ya le era habitual. La afición general y la capacidad didáctica de la profesora consiguieron que al poco tiempo fuéramos capaces de sorprender con una sencilla pero succulenta paella a gran parte de los colaboradores de las múltiples actividades culturales que desarrollaba Totina y en donde el toque personal de Carlos fue definitivo para que nuestra paella destacara con éxito entre avezados paellistas valencianos.

Carlos, como en todas sus cosas, se apuntaba a ganador, pero no por casualidad sino porque se volcaba en preparar los temas. También aquí se manifestaba su personalidad de profesor ejerciendo como tal y así en un lejano puente del 1º de mayo en que nos fuimos a Viena, su interés no sólo estaba en el estudio de las estaciones modernistas del metro vienés sino también en el descubrimiento "in situ" de la famosa tarta Sacher, de la que llegó a convertirse en un especialista. Su emoción entonces ante la muestra original fue como la de quien remata una tesis doctoral con una experiencia definitiva, porque en todas sus manifestaciones expresaba su carácter de profesor. Hace unos meses, cuando celebramos en nuestra sociedad la entrada en el Nuevo Milenio, esa tarta fue el postre estrella con el que nos obsequió con tres exquisitas y homologadas muestras de su experiencia.

De esta misma fiesta procede la fotografía en la que aparece discursando, porque también es cierto que allí donde estuviese, cualquiera que fuese el motivo o el auditorio se hacía escuchar, lo que unido a su vocación como polemista, que fomentaba aunque no tuviese un excesivo interés por el tema a debatir, aseguraba una animada discusión bajo cualquier circunstancia. Su elocuencia podía manifestarse en cualquier tema, el fútbol si era Jabo Irueta quien se sentaba frente a él, o la endogamia universitaria, su último debate, un tema de actualidad en el que estaba comprometido.

Cada cena era una ocasión para disfrutar de sus comentarios, muchas veces críticos, en ocasiones duros, pero siempre cariñosos, como solía decir, llevándolo hasta la propia "autocrítica" que le sugirió a nuestro habitual invitado Carlos Martínez un lúdico comentario en esta revista.

Sus menús, cual proyectos profesionales, procedentes en muchas ocasiones de sus experiencias conyugales mediterráneas, los elaboraba cuidadosamente comprometiendo como pinches a la mayoría de los comensales. La cocina se convertía entonces en un hervidero de actividad comunitaria donde el profesor/cocinero distribuía, aconsejaba, dirigía como si fuese la realización de un proyecto más en la Escuela de La Zapateira.

Por eso lo que sucedió aquella trágica tarde corresponde a una desaparición, tanto por inesperada como absurda, pero sobre todo por el vacío tan difícil de llenar de una persona que ocupaba tanto espacio en todas sus formas de expresarse y en las que destacaba tanto por su proximidad y lealtad como amigo como su brillantez como profesor y creatividad como profesional.

Nuestro compañero Nacho Casal refleja magistralmente en su crónica de aquella última cena a la que se dirigía aquella tarde para compartir una vez más con sus amigos cocineros, la emoción contenida de todos ante esa desaparición súbita, que nos dejó mudos con su plato sobre la mesa. Y no sólo ese día, sino todos los martes que están por venir, porque si es tristemente cierto que ha desaparecido no por eso conseguirá estar ausente entre nosotros.